



'SU' UGANDA.
El padre Carlos
es toda una institución en muchas
aldeas de Uganda,
donde vive desde
hace 15 años.

El misionero de la paz

Hay conflictos que apenas salen en televisión. Como el de Uganda, aunque se ha cobrado 150.000 víctimas en 18 años. El padre Carlos, misionero español, lleva casi tantos años arriesgando su vida, negociando con la guerrilla, evitando que la guerra caiga en el olvido... Buscando la paz. Por **Ramón Lobo**.

Cuando los militares ugandeses irrumpieron a tiros en una reunión de los mediadores religiosos con la guerrilla del Ejército de Resistencia del Señor (LRA), José Carlos Rodríguez Soto —el padre Carlos, como llaman en el norte del país a este misionero madrileño de 44 años— se escondió en una cabaña vacía. Afuera se escuchaba el tableteo de las ametralladoras, el fragor de los fusiles y las explosiones. Tenía tanto miedo que le temblaban las manos y las piernas. Carlos pensó: “Este escondite no es seguro”. Y nada más salir de él estalló una granada que le abrasó el antebrazo. Sintió el zumbido de las balas. A su lado yacía una mujer con un tiro en la cabeza. Los guerrilleros habían escapado a través del bosque y los militares continuaban la batalla sin importarles el enemigo a batir.

El Ejército conocía esa cita entre los líderes religiosos de la región de

Gulu y algunos comandantes de campo del LRA. El ataque era un intento más de los generales que se lucran con la guerra por boicotear cualquier solución pacífica a un conflicto que ha costado la vida a más de 150.000 personas en 18 años. Allí, aplastado contra la tierra, Carlos percibió la voz de otro misionero comboniano, el italiano Tarsizio Pazzaglia, que rezaba un padre nuestro con alguna variación personal: “... ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén. Pero que la mía sea un poco más tarde, por favor”.

Ese día, tras años de sacerdocio y de misión en Uganda, el padre Carlos, convencido de que había llegado su hora, se dijo: “¿Y si no existe nada?”. Era el 28 de agosto de 2002.

Ahora, un año y siete meses después de aquello, sentado sobre su camastro cubierto por una mosquitera en una

modesta habitación de la casa arzobispal donde vive, en las afueras de Gulu, José Carlos Rodríguez Soto espera la llamada al móvil de algún jefe guerrillero para reanudar los contactos. Ésta es su pasión, la paz. “El Gobierno ha tenido éxito en cubrir todo, en convertir la guerra en un pequeño problema interno y el mundo se lo ha creído. Nuestro papel es que se conozca la verdad y estar al servicio de los pobres. La verdad es esencial para resolver un conflicto. Antes de perdonar, hay que saber”.

El padre Carlos es el impulsor del grupo interreligioso Acholi, una experiencia extraordinaria que reúne a los obispos católico y anglicano y al imam musulmán de la zona, y que busca una solución negociada. Vilipendiado por el Gobierno del presidente Ioweri Museveni, harto de sus denuncias de violaciones de los derechos humanos, y temido por la guerrilla, que le acusa de >